

SOLITARIOS DE LA PERSIA Y DE LA INDIA (1).

Nos son ménos conocidos los ejercicios y virtudes monásticas de los solitarios de Persia, que el martirio que sufrieron muchos de ellos, principalmente bajo los reinados de Sapor y de Vararano V. Como queremos encerrar en un capítulo todo lo que á ellos se refiere, lo dividiremos en diferentes artículos.

§ I. — *En que tiempo fué predicada la fé cristiana en la Persia.*

Cree Sozomeno que la fé fué admitida en la Persia por la comunicaci3n que tenía este reino con el Osroena que forma parte de la Mesopotamia, y con la Armenia, cuyos habitantes abrazaron con tanto fervor la fé, que sostuvieron con la más generosa constancia la persecuci3n del emperador Maximino Galerio en 312. Pero esta opini3n es contraria á lo que dice Bardesano, escritor del siglo segundo y citado por Eusebio, el cual asegura que en su tiempo había cristianos en el país de los Partos, de los Medos y de los Persas, y hasta en la Bactriana. La primera epístola de san Juan evangelista se intitulaba en otro tiempo: *Epístola á los Partos*. San Ambrosio, san Paulino y los griegos en sus Méneos aseguran que san Mateo predicó el Evangelio en estas provincias. Lo mismo dice Eusebio de san Bartolomé, y por último, los caldeos y los persas llaman por excelencia á los santos Tomás y Tadeo los apóstoles

(1) Assemani, Eusebio, Sozomeno y Teodoreto.

del Oriente, en que se hallaban comprendidas estas provincias, y dicen que ellos fundaron la iglesia de Seleucia y de Ctesifonte, dos ciudades reales de Persia, que distan solamente una legua la una de la otra, la cual iglesia fué más adelante la patriarcal de todo el país.

§. II. — *Persecución de los cristianos bajo Sapor y Vararano ó Varano V, rey de Persia.*

Sapor II, llamado también Larga-Vida, porque fué reconocido como rey en el seno de su madre, en 309, y reinó sesenta y dos años, fué uno de los más grandes enemigos de los cristianos, á quienes persiguió de una manera tan bárbara y despiadada, que nunca sufrió la Iglesia una persecución tan cruel. Dió principio en el año 340 de Jesucristo, y el treinta y uno de su reinado.

Sozomeno hace una relación muy amplia de ella, y nosotros compendiaremos el relato de este escritor, para pasar en seguida á hablar de los solitarios que fueron coronados con el martirio.

« Habiendo aumentado, dice, el número de los cristianos con el trascurso del tiempo, y cuando éstos tenían ya diáconos y sacerdotes, los magos, que poseían el sacerdocio como derecho de sucesión entre los persas, y los judíos, siempre envidiosos y enemigos de los cristianos, hicieron comparecer á Simeón, arzobispo de Seleucia y de Ctesifonte ante el rey Sapor, acusándole de sostener inteligencias secretas con el emperador de los romanos. Sapor prestó fácilmente oídos á estas calumnias; agovió á los cristianos de impuestos, y encomendó su exacción á personas despiadadas y duras, para que estas vejaciones y la miseria á que se verían reducidos, les obligasen á abandonar su religión. Ordenó también que se diese muerte á los sacerdotes, que se demoliesen las iglesias, que se confiscasen los vasos sa-

grados y los ornamentos, y que se tratase á Simeón como traidor y enemigo del estado. Todo esto se ejecutó en poco tiempo por los magos y judíos.

El mismo historiador refiere el martirio de san Simeón y de algunos otros, y dice que al año siguiente, y en la época en que se celebraba la Pasión del Salvador, y se preparaba la fiesta de la Resurrección, Sapor hizo publicar en toda la Persia un edicto, en que se ordenaba que fuesen muertos todos los cristianos. Dícese que fueron innumerables los que sucumbieron bajo la cuchilla de los verdugos. Los magos se dieron á buscar por todas las aldeas y campiñas á los que se hallaban ocultos, y muchos se presentaron espontáneamente, para que no se creyese que hacían traición á Jesucristo. Lo mismo se ejecutó con los que habitaban en el palacio real, y entre otros, con el eunuco Azadas, muy querido del rey, lo cual le apenó mucho, y en su virtud ordenó que en adelante no se diese muerte á todos los cristianos, sino sólo á aquellos que se dedicasen á enseñar su doctrina á los demás.

Debemos hacer constar con Assemani, que la persecución decretada por Sapor en el año treinta y uno de su reinado, fué la tercera y la más cruel de todas, pues no tenía más que dieciocho años, cuando empezó á perseguirlos. Entónces, dice Sozomeno, hizo perecer á un número tan crecido de cristianos, que sería muy difícil hacer una relación de los nombres de todos ellos, de su país, del género de suplicios que se les aplicaron, y de los crueldades que para ellos se inventaron. Sólomente diré, añado, que los nombres de los hombres y de las mujeres que se conocen, ascienden á seis mil, y que el número de los desconocidos es tan grande, que los persas, los sirios, y los edesanos nunca llegaron á saberlo.

Esta horrible persecución fué renovada más tarde por Isdegerdo y su hijo Varano V. El primero profesó una

grande veneración á san Marutas, obispo del Martirópolis ó Mesopotamia, cuyos milagros le hicieron conocer las supercherías de los magos; pero al final de su reinado comenzó una sangrienta persecución, que fué continuada por su hijo y sucesor Varano, y que no fué ménos horrible que la de Sapor. Dió ocasión á ella el celo imprudente de un obispo, llamado Abdas, prelado, por otra parte, adornado de eminentes virtudes. Como se hubiese unido á san Marutas para alcanzar de Dios con sus oraciones que fuese librado del demonio un hijo de Isdegerdo, y como el prestigio de que gozaba le hiciera presumir que no desagradaría á este príncipe, hizo destruir una pira ó templo, que habían levantado los persas para tributar al fuego honores divinos. Esta acción enardeció el furor de los magos, que llevaron sus quejas al rey. Isdegerdo llamó á Abdas, le reprendió por lo que había hecho, y le ordenó que reedificase la pira. Abdas lo rehusó, y en su consecuencia el rey le amenazó con la muerte y con destruir todas las iglesias de los cristianos; pero Abdas permaneció inflexible, y las amenazas del rey fueron ejecutadas.

« Habiéndose empezado la persecución, no es fácil expresar, dice Teodoreto, las crueldades que se ejecutaron con los fieles. A unos desollaron las manos, á otros las espaldas; á otros arrancaron la piel del rostro. A muchos se les cubría todo el cuerpo con cañas abiertas por la mitad, y se las ataban con fuertes ligaduras, para que, tirando despues violentamente de las cañas, les desgarrasen éstas todos los miembros, y les produjesen dolores agudísimos. A otros colocaban en fosos muy profundos, y echaban multitud de ratas y ratones, para que hostigados estos animales, los devorasen, teniendo en cuenta que se les habían atado fuertemente las manos y los piés, para que no pudiesen defenders e de sus mordeduras. Imaginaron aún otros suplicios no ménos atroces; pero nada pudo quebrantar la constan-

cia de estos heroes; por el contrario, ellos mismos corrian á presentarse á sus perseguidores, deseosos de sufrir una muerte que les merecía una vida inmortal.

De esta manera fué perseguida la Iglesia en Persia bajo Isdegerdo I y Varano V. Isdegerdo II, hijo de éste, heredó su corona y su odio á los cristianos: continuó la persecución, y no se sabe en que año la terminó. Daremos ahora las actas de algunos santos monjes que sufrieron el martirio en estas persecuciones. Al docto Estéban Assemani, arzobispo de Apamea, es á quién debemos el descubrimiento de estas actas.

§ III. — *San Milis, solitario, obispo y mártir.*

San Marutas, obispo de Tagrit ó Mesopotamia, que vivia en tiempo de Sapor, hizo un resumen de las actas de los mártires, que padecieron en la larga y cruel persecución de este príncipe, enemigo de los cristianos. El es el autor de la historia de san Milis, que vamos á exponer, según la traducción latina que Assemani hizo del original siriaco, y que ha intercalado en su sabia colección de las Actas de los mártires de Oriente. Fundándonos en este monumento, es preciso reformar lo que Tillemont, Bulteau y otros escritores han dicho de san Milis, y que han tomado de otras memorias no tan fidedignas: pues no tenían á manos éstas, que aparecieron posteriormente en lengua francesa.

Nació san Milis en el pais de los Basiquitas, y fué admitido muy jóven en la corte del rey Sapor. El Señor que le destinaba, como vaso de elección, para que trabajase en su gloria, no permitió que permaneciese mucho tiempo en el lodazal de la idolatría, y desde la profesión militar le llamó á un género de vida que debía hacerle participante de la milicia celestial. Recibió el santo bautismo, y desde entónces no se ocupó en otra cosa, que en informar su

alma sobre las máximas del Salvador del mundo, y en caminar por sus huellas. Domaba su carne con los ayunos y vigiliás, y conservaba su cuerpo y su alma en la pureza de un perfecto cristiano.

Con estas santas prácticas se fué abrazando en un celo tan ardiente por la gloria de Jesucristo, que despues de haber estado algún tiempo en la ciudad de Lapeta, ó Bethlapet, en la cual había sido instruido en las virtudes cristianas, se sintió movido á trabajar en la conversión de los demás, y para ello se trasladó á Clam ó Elam, ciudad poco distante de Susan en la Persia¹. Apénas llegó, se puso á exhortar á las gentes del lugar, ya en particular, ya en público, á la huida del vicio y á la práctica de la virtud. Su misión fué acompañada de grandes trabajos; pues tuvo que sufrir mucho de parte de los idólatras.

Gabiado, obispo de Betlapet, y despues mártir, le elevó, siguiendo los grados de la clericatura, al órden sacerdotal, y más tarde le hizo obispo de Susan. En esta ciudad trabajó con grandísimo celo á pesar de la persecución continua de sus habitantes; pues con frecuencia le injuriaban y azotaban, le arrastraban por las calles, y le daban tormentos tan crueles, que más de una vez le dejaron por muerto. Tres años duraron estos malos tratamientos, que sobrellevó con una paciencia y una constancia heróica; pero viendo que nada conseguía, y que aquellos obcecados, seducidos por sus magos, estaban cada vez más obstinados en su idolatría, resolvió abandonarlos, y llevar á otra parte las luces del Evangelio.

Refiérese que, al dejar esta ciudad, predijo que no tardaría mucho tiempo en caer sobre ella la cólera de Dios, y que, volviendo sus ojos con amargura, dijo: « O la más

¹ Susan ó Schuschan era la residencia de invierno de los reyes de Persia. De ella sólo quedan algunas ruinas, y entre ellas una tumba que se cree ser la de Daniel.

desdichada de todas las ciudades, puesto que has rehusado obstinadamente las gracias de que Dios ha querido colmarte, serás destruida por un enemigo despiadado: tus soberbios edificios serán demolidos, y tus habitantes, tan engreidos con su prosperidad, se verán obligados á huir, y en ninguna parte encontrarán un asilo seguro. »

Esta especie de maldición no tardó en realizarse. Tres dias despues, habiendo sido ofendido el rey por los principales de la ciudad, envió trescientos elefantes con un ejército que dió muerte á todos sus habitantes, destruyó las casas, y arruinó de tal manera la ciudad, que poco despues se labraba y sembraba el lugar sobre que había estado asentada.

San Milis sólomente llevó consigo el libro de los Evangelios, y se trasladó á Jerusalem, y más tarde á Alejandría con objeto de visitar á Ammón, que había sido discípulo de san Antonio, y que gobernaba su monasterio. Allí permaneció dos años, durante los cuales visitó los diferentes monasterios de esta comarca, y á los religiosos que más se distinguían por su virtud, despues de lo cual regresó á su país, y se unió á un anacoreta que habitaba en una caverna.

Una noche en que rezaban el oficio de Maitines, entró una serpiente que tenía más de treinta codos de largo. Este animal monstruoso se retiraba de tiempo en tiempo á esta caverna, y san Milis, que no se había apercebido de él, quedó espantado al verlo; pero reponiéndose al punto, levantó sus manos, y le dijo con tono amenazador: « ¿ Tienes la audacia, enemigo detestable del hombre, de venir, cuando nosotros estamos aquí? ¿ quieres obligarnos á pasar la noche fuera, para estar tú á cubierto? Esto es imposible: la espada del Señor hendirá tu cuerpo de arriba á abajo con gran admiración de todos los que te vean. » En aquel mo-

mento su cuerpo se hinchó extraordinariamente, y se abrió en la forma que el Santo había anunciado.

El anacoreta lo sintió mucho, y dijo á san Milis que aquel animal había anidado hasta entónces en la caverna, sin hacer daño á nadie; pero el Santo le objetó, que, despues de la maldición que Dios había lanzado á la serpiente que engañó á nuestros primeros padres, no era conveniente fiarse de ninguno de estos animales. El anacoreta quiso variar de morada, pero san Milis se retiró, dirigiéndose á Nisibe. Allí encontró al gran san Jacobo ocupado en levantar una iglesia, cuya magnitud y belleza no pudo ménos de admirar, así como la profunda sabiduría de este santo obispo.

Despues de estar algún tiempo á su lado, fué á Siria, y más tarde á Seleucia, en donde se habían congregado muchos prelados para juzgar la causa de Papas, obispo de esta iglesia. Era éste un hombre de un orgullo y de una arrogancia insoportables, que gobernaba su iglesia, como un tirano más bién que como un obispo. Maltrataba á su clero, siempre que encontraba ocasión, y se había hecho odioso á su pueblo. Se habían presentado contra él muchas acusaciones, y lejos de mostrar arrepentimiento, guardando las consideraciones debidas á los obispos que habían de juzgarle, los miraba con desprecio, y hacía alarde de obstinación.

San Milis asistió á este consejo, y viendo la mala conducta de Papas, no temió reprocharle públicamente su dureza y su orgullo para con el clero: « ¿ Que crimen han cometido vuestros hermanos, le dijo, para que los trateis con tanto rigor, cuando debierais mirarlos como á miembros vuestros? ¿ porqué habeis concebido tan injustamente sentimientos de un odio tan cruel contra ellos? ¿ No sabeis que está escrito: *El que es primero entre vosotros, sea el siervo de los demás?*¹ »

¹. Math. xx, 27.

« Ya lo sé, respondió bruscamente Papas, y no es de vos de quién tengo que aprenderlo. » Milis sacó de su bolsillo el libro de los santos Evangelios, y colocándolo en medio de la asamblea, dijo: « Si no quereis oír de mi boca esta verdad, porque no dejo de ser un hombre mortal como los demás, aprendedla del Evangelio de Jesucristo que pongo ante vuestros ojos: pues parece que los de vuestro espíritu están oscurecidos por la pasión que os ciega. » Al oír estas palabras, se enfureció Papas, y en un trasporte de rabia diabólica dió un golpe sobre el libro, diciendo: « Habla, Evangelio, habla. »

San Milis tuvo horror de esta impiedad, que no debió escandalizar ménos á la asamblea, y para repararla en lo posible, tomó con respeto el libro sagrado, lo besó, lo aplicó á sus ojos, y levantando la voz en presencia de todo el pueblo, dijo á Papas: « Hombre lleno de orgullo, puesto que con tanta audacia has despreciado las palabras del Evangelio, el ángel del Señor va á castigarte, dejándote paráltico en la mitad de tu cuerpo. No morirás inmediatamente, sino que Dios te conservará algún tiempo la vida, para que todos sean testigos de la venganza que ha tomado de tu impiedad. » En aquel mismo momento Papas cayó desplomado al suelo. Durante los doce años que vivió despues, tuvo efectivamente sin movimiento la mitad de su cuerpo, sufriendo agudísimos dolores hasta el fin de su vida. Todos los que le veían no podían ménos de reconocer el rigor de los juicios divinos.

El Santo dejó á Seleucia y vino á Mesena, en donde vivió con un solitario que habitaba en el desierto. Apenas lo supo el Señor del lugar, que hacía dos años que padecía una grave enfermedad, le envió á uno de sus criados para rogarle que viniese á verle. San Milis se contentó con decir á este criado: « Volved á la casa de vuestro señor, y al entrar en su aposento, decid en alta voz: Milis ha dicho:

en nombre de Jesús Nazareno sed curado, levantaos y andad. » Obedeció el criado, y su amo quedó curado al punto. En seguida vino á visitar al Santo, seguido de los habitantes del lugar, para manifestarle su reconocimiento. Este milagro fué causa de la conversión de muchos idólatras. Libró también á un jóven del demonio que lo había poseído desde la infancia, é hizo otros muchos prodigios, que contribuyeron mucho para extender el reino de Jesucristo.

De Mesena pasó al pais de los Raziqitas, de que era natural, y allí continuó obrando milagros. Curó á una señora muy distinguida, que hacía nueve años que estaba parálitica, diciéndole, despues de haber orado por ella : « Levantaos, andad, y dad gloria á Dios en quién habeis creído. » Vinieron á verle dos hombres, uno de los cuales sospechaba que el otro le hubiese robado, y quería que asegurase con juramento no haberlo hecho. El Santo le advirtió que se guardase de jurar en falso, porque Dios le castigaría. Este miserable no hizo caso, y fué perjuro. Entónces san Milis, mirándolo atentamente, le dijo : « Si sois inocente, volved á vuestra casa en perfecta salud ; pero si sois perjuro, sufrid el mismo castigo que Giesi, que fué herido de lepra. » En efecto, en aquella misma hora fué cubierto todo su cuerpo de lepra elefantina, lo que admiró de tal manera á muchos paganos que se hallaban presentes, que renunciaron á los ídolos, para seguir la fé de Jesucristo.

Partió de este lugar, y pasando á un pais que no nombra su historiador, encontró en el camino á dos solitarios que le acompañaron. Habiendo llegado á un paraje, en que era preciso pasar un rio, cuyas aguas eran tan crecidas, que no podían vadearse, esperaron durante todo el dia á que bajasen, pero como se sostuviesen á la misma altura, aconsejó san Milis á los solitarios que volviesen á su mo-

rada, y se despidió de ellos. Viendo estos que el Santo permanecía en el mismo lugar, fingieron retirarse ; pero dando una vuelta, se colocaron en un sitio en que pudieran observarle sin ser apercibidos, y vieron que, despues de haber orado algún tiempo, caminó sobre las aguas, cual sí fuesen tierra firme, hasta llegar á la orilla opuesta.

Había en una aldea próxima al lugar en que se hallaba, un diácono, á quién se acusaba de haber cometido un crimen contra la pureza, y de que era verdaderamente culpable. El Santo le exhortó á que lo confesase, y á que no ejerciese su órden sin haber hecho penitencia : « Si sois culpable, le dijo, del pecado de que se os acusa, confesadlo, y procurad satisfacer á la justicia divina ; pues es tan grande su misericordia, que os perdonará, si estais verdaderamente arrepentido. Pero no tengais la temeridad de servir al altar, hallándoos en estado de culpa, porque no tardareis en experimentar el rigor de la justicia divina.

Este hombre temerario, á quién cegaba su crimen, creyó quedar justificado ante los hombres obstinándose en su negativa. « Es, dijo, una impostura y una negra calumnia lo que se hace conmigo, y vos haceis muy mal admitiendo esta acusación. » Una vez dichas estas palabras, tomó el salterio, subió á la tribuna, y se puso á cantar los salmos ; pero apénas hubo comenzado, vió salir del santuario la figura de una mano, que le hirió en la boca con un golpe tan grande, que lo echó á tierra. En el mismo lugar se presentó al Santo un jóven de veinte años, parálitico de pies y manos, á quién curó con sólo decir estas palabras : « En nombre de Jesús Nazareno, levántate, y anda. »

San Milis añadió á estos milagros y á otros muchos el de una constancia inquebrantable en el martirio que sufrió por la gloria de Jesucristo, y que coronó todos sus triunfos, como dice su historiador. Hormisdas Gafrizo, gobernador de la provincia, hombre duro y soberbio, y excеси-